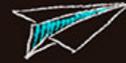


La Novela Viviente

L. Aura

¿QUÉ PASARÍA SI DECIDES PERDERTE, ADENTRARTE A LOS MÁRGENES,
SALIR DEL DICTADO? ¿QUÉ CREES QUE TE ESPERA?
ENTONCES... ¿QUÉ ESPERAS?



LA NOVELA VIVIENTE

L. Aura

Capítulo 1

LA LLAMADA

Hace dieciocho años emprendí un viaje hacia un lugar que para entonces desconocía. Fue un momento crucial, yo me encontraba perdida y aturrida. Hacía millones de cosas, y no hacía nada. Mi boca vivía en la verborrea, sin embargo, no me comunicaba. Dormía sin soñar. Caminaba sin andar. Miraba, no veía. Y, como muchos, o casi todos, así andaba: matando el tiempo con cosas que tildaba de importantes sin reconocer mi propia insignificancia. Creía que todo lo sabía, pero, desconocía algo: que no sabía nada. Sin embargo, y esto es algo que siempre agradezco, tuve en un determinado momento un asomo de humildad, algo muy subestimado en los tiempos que corren. De hecho, fue por ello, y no otra cosa, que logré escuchar la llamada! Me enteraba de una noticia trascendental: estaba de camino mi primer sobrino, y no habiendo lugar en la casa para todos, me fui... aunque ésta no fue la razón, sino la excusa. Simplemente había llegado la hora. De hecho, sentí un atisbo de alivio. En medio de las dudas, las inseguridades, la soledad y la falta de todo, había una luz que me indicaba la salida.

Con los años entendería que comenzaba a experimentar un mito que tenemos plasmado en nuestro inconsciente colectivo: el viaje del héroe, el arquetipo del sí mismo... Pero, en ese momento sentí la llamada, nada más. Tampoco me detuve a analizar nada. Había, en mi fuero interno, una verdad; sin explicaciones, sin motivos, sin necesidades ni ambiciones, tampoco sin claridad. Y, aunque no sabía el porqué, intuía que hacía lo correcto.

Salí sin saber cuándo volvería ni dónde concretamente iba. Visualizaba el norte, eso es así, tampoco hay muchas opciones para un viajero de largos trayectos viviendo en la Argentina. De pasaje de avión, ni hablar. Nunca viajé con el dinero de mis padres, y el mío, apenas me llegaba para comer y poco más. Me fui en solitario, y una cosa es comenzar sola, y otra distinta es seguir sola, porque, y créanme, los miedos aparecen antes de empezar, una vez que estás en el camino, todo se hace fácil. Me proyecté al mundo y, creyendo que me encontraría con él, terminé por encontrarme. Creo que solo a través del camino hacia la sombra podremos vislumbrar la luz. A partir del caos, se alcanza el equilibrio. Después de todo, son caras de una moneda.

Durante esos años me adentré en Latinoamérica. Morí con el Che y mis viejas ideas en aquellos montes subversivos bolivianos. Viví con campesinos sin tierras en busca de nuevos lugares. Y entre campamentos y asentamientos de boyafías sin nada salvo sus sueños, aprendí que,

para valorar el lugar, primero hay que perderlo. Superé el miedo en Colombia, también en Venezuela; hice dedo a un velero que me derivó por la bella San Blas, y viví el amor y el desamor en la fantástica Costa Rica.

A lo largo de este camino, se me fueron cayendo distintas pieles. De ser bancaria, con una vida confortable y con tacones en una incomprensible y retorcida Buenos Aires, pasé a los harapos, terminé sin calzado, y solo así hallé mi belleza.

Las vueltas de la vida me hicieron seguir a un artista, y así llegué a la vieja Europa, mi primer contacto: París. Poco después, la costa Brava me haría marinera.

En un momento determinado, la vida me ponía ante mí un gran desafío: el tercer estadio: el regreso: El término de un ciclo para comenzar uno nuevo. Habían pasado diez años, pensé en parar, volver al país y devolver un poco de lo mucho que el camino me había dado, y construí una casa. De hecho, mi ser creativo edificó un búnker. Algo ya me decía a mí que se venía la guerra. Había pensado, a futuro, hacer un albergue, con talleres y literas de emergencia para quien lo necesitara. Había no solo realizado la idea, sino que escribí un código deontológico con mis propias normas y principios. ¿Se imaginan?

Finalmente, ocurrió lo inevitable: la resistencia del barrio. Y esto con un agravante: la violencia que experimentaba la Argentina a comienzos del nuevo milenio; con secuestros, asesinatos, narcotráfico y mucha pobreza y desesperación.

En mi experiencia puedo decir que, me insultaron, me golpearon, me robaron, y muchas otras terribles cosas que detallo mejor en el post «Mi Búnker de Calamina». Me había ido de la Argentina con un país y me encontré con otro. O quizás, no lo sé, yo era otra... O posiblemente ambas cosas

Tenía entonces tres opciones: Acostumbrarme a sus sombras y terminar por anestesiar los síntomas (robos, insultos, asesinatos, peleas, adicciones, rivalidades, envidias), y así ser como ellos; o lo que es peor: luchar contra esa realidad, sin un atisbo de aceptación: sufriendo ceguera temporal otra temporada; o bien, era seguir esta búsqueda hacia lo más sagrado, y otra vez, la ruta. Y lo que finalmente hice, supongo, ya se lo imaginarán.

Este episodio terminó por ser uno de los escenarios/trampolines más enriquecedores que viví. A fin de cuentas, sin esta experiencia no estaría aquí. Si todo hubiese sido maravilloso, no hubiese necesitado mi búsqueda. El camino, entonces, se transformó en aventura interior, y es

cuando «La novela viviente» cobra vida.

A esas alturas, estaba en un nuevo punto de partida. Lo único que tenía me cabía en un bolso, y otra vez me fui. Con el cierre del anterior camino, y mi nueva empresa, nace este proyecto, que me devuelve al mundo, pero con un propósito: la comunicación. Sí, cerraba el ciclo. ¡Ahora lo veo! Ya no tengo esa verborrea, ahora comunico. Ya no duermo sin soñar, de hecho, puedo bajar los sueños a tierra. Ahora sé lo que quiero, aunque no sea tan importante. Ahora veo, y, sobre todo, ahora sé que no sé nada.

Capítulo 2

MI PRIMER GRAN VIAJE

Pero, como dije, antes de la Novela Viviente, y mucho antes de la construcción del búnker, un día recibí «La llamada». Mi hermano me decía que sería papá, y no había más de una habitación en la casa. Pocos meses atrás, había renunciado a mi trabajo de bancaria, y estaba muy confundida. Esa fue la razón: la bendita excusa que encontré para alzarme la mochila.

Imposible de olvidar. Mi primer gran viaje fue el inicio de un largo recorrido que luego se me fue haciendo costumbre: el de romper.

Aunque hice simulacros años anteriores, adentrarme en mi Latinoamérica, allá por principios del 2002, fue un intento que resultó.

Anteriormente había conocido México, Cuba, Jamaica, Uruguay, Brasil, hasta viví unos meses y trabajé en el sur de mi país; sin embargo, le llamo intentos porque siempre pensaba en Volver a Mi Buenos Aires querido; en cambio, lo de Latinoamérica fue un ir para ir, y seguir yendo. Por eso le llamo mi primer gran viaje, porque se trata de un inicio permanente.

De repente me vi en medio de una carretera sin saber dónde iba ni cuándo volvería. Solo era consciente de que estaba buscando algo, no sabía el qué. Intuía que tenía que ver con las ideas, las mías, pero no sabía mucho más.

Veía claramente el signo de interrogación tan a tono con mis veinticinco años de entonces, pero, era miope frente a las palabras que habitaban esos signos. Estaban difusas, como fuera de foco; y buscando esas visiones, ajusté la mira, y así, poco a poco fueron llegando, a cuenta gota. Después de todo, esas palabras debí crearlas; son las mías. Y por eso aparecerían difuminadas, porque estaban, y no.

Para entonces hacía lo que hacían todos: repetir. Cuestionaba lo de muchos, criticaba más de lo mismo, leía opiniones, con algunas me identificaba, me sonaban, y muchas de ellas las fui creyendo como propias... y por eso me sentía vacía, porque no estaba; quiero decir, mi cuerpo sí, pero no se acoplaba a mi alma, más bien caminaba para otro

lado.

Cuando comencé a intuir que debía seguirla fue cuando me abrí al camino, y al principio fue duro. Bueno, miento, al principio de los principios, no; era la novedad. Viajar y conocer me deslumbró. Pero me refiero al principio de nuestro amor, el del mío y el viajar: del amor verdadero, ese que nace de la aceptación de la verdad, cuando deja de ser la ilusión y es hora de empezar a tirar el lastre, y pese a todo nos queda el amor. Cuando me enfrenté a las sombras, cuando el camino se hizo laberinto, cuando el viento vino de proa, ese fue el principio de nuestro amor. Y fue duro.

Image not found.

A principios del 2002 salí de Buenos Aires en bus hasta Salta. Realmente allí es dónde comienza mi viaje de aventura. Salir a dedo de entre medio de la Capital Federal es casi imposible. Sabía que el porcentaje de acierto era bajísimo, por eso viajé hacia el norte; así empecé.

Mi consigna, o estrategia (ya que solo me acompañaban 420 dólares) fue llegar hasta México con la solidaridad latinoamericana. Esa era la cuestión. Y, aunque es verdad que no llegué a México, también es verdad que hasta dónde llegué (que fue hasta donde lo sentí), sí que llegué a dedo, viajando gracias al empujón de la gente. Aquella que se me fue haciendo

vida, entre estrellas fugaces, algunas grandes, otras no tanto, algunas con luz, otras oscuras. El caso es que peregrinar por Latinoamérica fue un trabajo en conjunto. Un mosaico hecho de collas, aymaras, boyafrías, huitotos, chamanes, sombras de Guanacaste, yigüirros y palmeras.

Image not found.

Image not found.

Me pasó de todo. Como siempre digo: ser joven, inocente, sin un duro y mujer era una bomba molotov, de esas que en cualquier momento explotan. De hecho, exploté muchas veces. Esquivando el peligro lo hice deporte. Trabajé con la supervivencia, las del alma me refiero. Morí muchas veces.

Image not found.

Bolivia simplemente me maravilló. Sus colores, el de la gran Madre Pacha y el de las mamitas. Sus caminos, la tierra roja del Beni, el lago del Sol y la Luna, el desierto de sal, entre esos montes subversivos de sueños y emboscadas. En Bolivia intuía que la cosa recién empezaba. En Bolivia ya sentí el «quiero más».

Ya después vino el Mato Grosso, los ríos, los garimpos, boyafrías y sin tierras. En lo más profundo de Rondonia, conocí a campesinos que acariciaban una tierra exiliada de latifundios y de cercos, una tierra de todos, hecha y removida a machete y sin permiso.

Image not found.

MST- Movimento de los Sin Tierras, Brasil

Image not found.

Salí por Acre, entré a Perú, fui a Paruro, y en un Inti Raymi caí en el Cuzco. A partir de entonces, el sol siempre se me está acercando. Y les diré por qué: Cuando llegué al Cuzco, no sé si fue el mismo día, quizá el segundo, caminando por sus inexplicables calles tan de magia, tan venidas de otros mundos, vi a tres hombres y por intuición sentí rechazo y di la vuelta para el otro lado, sin saber que cuando uno camina para el otro lado le da la espalda al peligro, y eso, muchas veces (o siempre), es aún más peligroso. Cuestión que me atacaron por detrás, me apretaron la nuez de la garganta (un método que utilizan por la zona para robar) y perdí el conocimiento por unos segundos. Cuando desperté ya no tenía mi chaqueta (en realidad no era mía, me la había prestado la familia que me hospedaba en su casa), me robaron parte del dinero (el poco que llevaba encima) y la cámara de fotos, por esa razón es que la documentación de este viaje es pobre (tanto en cantidad como en calidad). Lo curioso es que, después de este incidente, a los días, me adentré en el valle sagrado de los incas, camino a Machu Pichu. Recuerdo que tenía hambre. Muchísimo. Como nunca antes había tenido en mi vida. Sé que dije en voz alta - ¡Que aparezca comida! -, y a los metros, y no miento, un joven de mi edad, sentado, contemplando aquellos paisajes sacados de un cuento, dio vuelta la cabeza, me miró, me saludó y a los pocos minutos de la charla me confesó que estaba famélico. Yo evidentemente le dije que

también, y me respondió que no me moviera, que pronto regresaría, y se fue. Yo lo esperé, para entonces siempre pensaba que tenía todo el tiempo del mundo, y de hecho en ese momento era así, era joven e inmortal, como siempre, la diferencia era que en ese momento lo sabía, ahora a veces lo olvido. La cuestión es que no tenía nada que perder, eso es lo que me enseñó la libertad, que aparece cuando ya no tenemos nada que perder, excepto el hambre que quería perderlo; y lo esperé.

Tardó. Lo mío fue un acto de fe, porque me quedé ahí sentada, a su espera, un buen tiempo, no tenía reloj, pero sé que Inti caminó un largo trecho a través del cielo, y regresó. Venía como saltando las montañas, onírico, así lo recuerdo. Algo traía en los brazos, y podía escuchar sus carcajadas: esas que nacen de la obtención de lo buscado, esas que empiezan cuando se nos está yendo el hambre.

Traía carne, como tiras de asado, nunca olvidaré ese momento ofrecido por la gran Madre Pacha, venido desde esos horizontes que se pierden entre los trigales incas, o, desde el cielo, vaya uno a saber. Desde donde Inti, en los solsticios, regresa siempre a casa con las manos llenas de abundancia traída de otros mundos.

Y por eso digo que, a partir de allí, el sol siempre se me está acercando, porque para valorar las cosas primero hay que perderlas, es necesario saber lo que es la falta, es necesario, y valga la redundancia, necesitar. Gracias a que me robaron, y que muy poco dinero llevaba (solo el que usaría para alguna emergencia) yo comí ese día como comen los dioses, desde esas altitudes que tienen los Andes y que nos elevan hasta Viracocha en un Inti Raimi que, en mi caso, comienza en el Cuzco.

Image not found.

Del altiplano peruano me hice selva tropical y, así, llegué a Ecuador. Aunque no bajaba la guardia (sobre todo en aquel momento, cuando el enfrentamiento guerrilla vs. paracos era a muerte), quería conocer cada rincón de Sudamérica. Del Pacífico, entonces, me dirigí a Coca, para desde el río Napo entrar a Colombia.

A los pocos kilómetros de mi destino, la gente del lugar me advertía que hacía pocas semanas habían matado a dos turistas. Escuchado esto, al otro día, retrocedí. Pensé en seguir el camino volviendo a Perú, para a través del gran Amazonas buscar alternativas.

Por el río Huallaga, en Yurimaguas, alcancé el Marañón; y de río en río llegué a Iquitos; y de allí a Leticia como polizón en una barca. Estaba en la triple frontera. Mi plan había sido volver a entrar a Brasil hasta alcanzar Venezuela. Sabía que Leticia, aunque estuviera en Colombia, aún no era Colombia. Es una isla rodeada de ríos, y estamos hablando de ríos que no se navegan así como así, o por lo menos, no en esa época cuando el conflicto armado era muy delicado.

Más allá de mis planes, Brasil me dijo que no, a no ser que pagara una multa. Mi dinero era el mínimo, no solo me habían robado en El Cusco, sino que había salido de Buenos Aires con lo justo. Con lo cual, lo poco que me quedaba debía usarlo para una emergencia.

¿Y por qué la multa?

Cuando había estado en Brasil, el último trayecto había sido Acre. Un día domingo, temprano, llegaba a la frontera con Perú, no había nadie para sellar el pasaporte. Cuando pregunté a los vecinos, me dijeron que nada... que las salidas se gestionan 100 kilómetros antes del límite fronterizo. Ese día estaba cansada, me había tenido que vacunar por la fiebre amarilla, mis piernas estaban hinchadas, infectadas, y como vi que no había nadie en la frontera, entré a Perú sin pedir permiso. Lo curioso es que salí sin problema. El lío lo tuve en Brasil cuando quise volver.

Ahí mismo, en pocos segundos, pensé muchas cosas. Barajé alternativas. Plan 1: ¿Volver a Perú? Eso sería retroceder: regresar a la Argentina. No era posible. Lo descarté enseguida. Plan 2: ¿Ir a Brasil? Eso era imposible, la multa estaba por encima de mi presupuesto. Plan 3: ¿Entrar a Colombia? ¿Adentrarme a una de las zonas más peligrosas del mundo, por lo menos en aquel momento? Eso era una locura; sin embargo, era mi única carta si lo que buscaba era peregrinar Latinoamérica. Y seguí adelante. Entré a uno de los lugares de mi vida: Leticia.

Image not found.

Viví en una maloca en una comunidad de huitotos. Escarbábamos en canoas los mil brazos que tiene el gran Amazonas. Dormía en una hamaca y los días eran largos y tranquilos. Tomé el ayaguasca, en una ceremonia increíble. Me empapé de su gente, y de la selva llegué al Caribe.

El camino de la selva hacia el mar, no fue nada fácil. Salir de allí era imposible, como dije, Leticia está rodeada de ríos con olor a guerra. Los civiles pueden solicitar que un avión carguero los retire de la isla, pero para ello hay que esperar que la burocracia deje de dar vueltas. Y esperé. Y lo más amoroso de esta espera fue conocer a Sócrates: un mendigo que filosofaba, o un filósofo que mendigaba... Lo cierto es que, él fue un

regalo que me dio el Amazonas. Uno de mis grandes maestros.

Ya embarcada en el avión carguero, me sentía flotar sobre una tierra abundante, y por eso tan castigada. Llegué a Bogotá, luego a Medellín, y de Montería alcancé Sincelejo, y me enamoré de Cartagena. Fue mutuo. Esta bellísima ciudad es mi esmeralda del Caribe. Me devolvió la esperanza, la que había perdido cuando no aparecía ningún barco que me adentrara en esos mil azules que tiene el mar de Guabanex.

Aunque no fue llegar y embarcar. Mi espera por un barco se retrasó, y entonces, decidí de Cartagena ir a Turbo, en busca de la próxima frontera. Y, allí, otra vez la advertencia: - Si buscas a alguien que se adentre contigo a la selva vas perdida -. No solo me cobrarían por cruzar la trocha (dinero que no tenía), sino que, también, me abandonarían en medio de una zona peligrosa y sin carreteras: la selva del Darién.

Retrocedí, otra vez. Colombia era eso, un constante cambio de planes. En medio del peligro, nunca se puede seguir un boceto hecho desde la ignorancia. En plena supervivencia, hay que estar atento a lo que surja, y actuar.

Y volví a Cartagena. Los barcos nuevamente me dijeron que no, y entonces conocí la increíble Guajira. De Portete salían muchos barcos contrabandistas, había pensado en preguntarles si me alcanzaban a Panamá, pero unos indígenas me dijeron que eso no era una buena idea; me sugirieron que vaya a Venezuela, y así fue cómo de Maracaibo llegué a Caracas.

Una vez allí, recién llegada a la capital, manifestantes se protegían de los gases lacrimógenos; y cuando pregunté qué pasaba, me informaron que estaban viviendo un golpe de estado a Chávez. Esto fue el año 2002. Sin embargo, me quedé unos días. Una familia me hospedó en su casa si cuidaba a su niña. Mientras tanto, cada mañana me iba a la Guaira en busca de mi salvoconducto.

Se acercaron a mí todo tipo de personas con distintas propuestas. Una de ellas era pasar cocaína en el estómago hasta Miami. Cuando escuché esto, al otro día, ya estaba encima de un camión idealizando, como nunca, mi casa caribeña: Cartagena. ¡La tercera es la vencida! -pensé, y dejé atrás Venezuela.

Si no fuese por el tapón del Darién, aquella selva espesa que une Panamá y Colombia, y que afortunadamente no se tocó, y por eso no hay carreteras.... Si no fuese por el caos sin fin de una maldita Venezuela... Si no hubiese contratiempos, tampoco bendiciones: El tapón me presentaba a San Blas y a los kunas, en una travesía cuya tracción era con forma de

alisios.

Image not found.

Y, ya después, Costa Rica... En el Pacífico, muy cerca de Montezuma, comencé a intuir que el viaje verdadero no tenía que ver con la geografía. Y me enamoré, y no me refiero a ella, aunque sí, también. Me enamoré de un artista que me propuso enseñarme su oficio, y acepté el trato, y otras cosas.

Recuerdo que cada tres meses había que salir para sellar el pasaporte, y volver a entrar. Cuando viví en el caribe tico, había salido a Panamá, está

pegado a Puerto Viejo, imi Puerto Viejo!; pero ya en Delicias (a cinco kilómetros de Montezuma), lo hice por Nicaragua, y me fui a Ometepe y me quedé en la isla cosechando café. Me tomé un paréntesis para analizar la situación: el trato de Delicias o llegar a México (como era mi idea original). Aproveché el sellado para tomar distancia, y me fui a Nicaragua en busca de respuestas.

Y, volví a Costa Rica, me lo sugirió el Pacífico. Si uno es libre, es libre también para no tenerse que ceñir a un plan que alguna vez se pudo haber hecho. Todo cambia, y con ello el viajero. Y me quedé.

Así termina, y así comienza otra pieza de este rompecabezas sagrado, que luego me lleva a Paris, y ya una pieza se va juntando con otra y se hace azul, como el Mediterráneo, que me hace marinera.

El viaje fue un acto de locura y supervivencia. Dormía en mi tienda de acampar, en las ciudades tocaban estaciones, bancos de plazas, casas de desconocidos, y así fui improvisando y me hice creativa. Comía cuando me invitaban, limpiaba platos de algún restaurante a cambio de comida calentita, algo más nutritivo, también reciclaba. Me hacía letra en una canción de Sabina con esos sucios trenes que van hacia ninguna parte, escapando del sur: "Cuando era más joven la vida era dura, distinta y feliz". Aunque para mí no es distinta, elegí hacerla estilo de vida, y aquí me quedé: en mi norte.